
NOTAS Y COMENTARIOS

De «La Moraleja» a «La Milagrosa» (apuntes de viaje por España)

HUMBERTO E. ROBLES

Northwestern University, USA

RESUMEN

El crítico ecuatoriano resalta, en su crónica de un reciente viaje por España, los matices que los inmigrantes confieren a ese país, en estos tiempos de desplazamientos masivos. Con ojo de observador repasa las tensiones entre las culturas locales y extranjeras (rumanas, de varios países de Latinoamérica), las desigualdades apreciables al recorrer barrios exclusivos, encerrados en sí mismos, como «La Almudena», de Madrid (que tiene el mismo nombre de su inmenso cementerio). Camino hacia Pamplona destaca la comida de Soria y su homenaje público a los poetas Antonio Machado y Gerardo Diego. En Pamplona se siente más el enfrentamiento de tradiciones locales con las que traen los migrantes; también el empuje de la globalización, que busca lanzar la región hacia el futuro, enfrentado a la resistencia y el apego de ella a lo tradicional. Como parte del paisaje, las innumerables historias de ecuatorianos que allí viven y trabajan casi de sol a sol, que sueñan con volver al país y que, casi con seguridad, permanecerán allá.

PALABRAS CLAVE: Migración, crónica de viaje, globalización, transculturación, Ecuador, España.

SUMMARY

The Ecuadorian stresses, in his chronicle during a recent trip through Spain, the nuances that the immigrants confer to that country, in these times of massive displacements. With an observer's eye, he reviews the tensions between the local and foreign cultures (Romanians, people of several Latin American countries), the noticeable inequalities on visiting the exclusive neighborhoods, locked within themselves, such as Madrid's «La Almudena», (which shares its name with its huge cemetery). En route towards Pamplona, Soria's cuisine is highlighted as well as its public homage to the poets Antonio Machado and Gerardo Diego. In

Pamplona, the clash of local traditions with those brought by the migrants is more strongly felt; as well as the thrust of globalization, which seeks to launch the region towards the future, facing the resistance and its attachment to the traditional. As part of the landscape, are told of Ecuadorians who live and work there almost from dawn to dusk, who dream about returning to the country and who almost most certainly will remain there in the future.

KEY WORDS: Migration, travel chronicle, globalization, transculturation, Ecuador, Spain.

HARÁ POCO LEÍA en *Babelia* (24.11.07), el suplemento literario del periódico madrileño *El País*, un reportaje firmado por Antonio Muñoz Molina, resultado de una visita a Colombia que eventualmente llevó al reconocido escritor español a Cartagena de Indias en marzo de 2007. Habiendo visitado esa extraordinaria ciudad caribeña en más de una ocasión, y habiendo transitado por los polvorientos caminos de la Costa de mi Ecuador de origen, lo que más me llamó la atención de los apuntes de Muñoz Molina fue que lo que a él le parecía algo distinto, diferente, y sin duda por eso lo destacaba, a mí me sonaba familiar, cotidiano. ¿Y qué de ello?, me dije, recordando que Henry Fielding señaló en su *The Journal of a Voyage to Lisboa* (1775) que las crónicas de viaje no tienen otro propósito que informar al lector sobre lo que otros quizás no han visto o conocido.

Así, en mi último viaje a Madrid, ciudad recorrida más de una vez, las experiencias que más me impactaron no fueron ni El Prado –con sus interminables colas esperando entrar a reconocer el nuevo anexo del museo– ni el Thyssen-Bornemisza –al que concurría el entusiasmo de espectadores en busca de Durero, de Cranach, y de la última exposición de dibujos de artistas varios (Sí vale glosar, dicho sea, que los marcos en que estaban expuestos esos hermosos dibujos eran realmente estupendos).

El impacto surgió más bien de algún rótulo divisado en los diarios: «¿Por qué no te callas?», «En menos de un año se duplica la población rumana en España y supera ya el medio millón», «El alcalde de Madrid participa en la celebración de la Virgen de la Almudena, patrona de la ciudad». El asunto entre el Presidente de Venezuela y el Rey de España ya es cosa rezongada y trascendida, manoseada por intereses políticos. No menos por aquellos ciudadanos españoles, separatistas algunos, que cuestionan la existencia de la monarquía. En los otros titulares cabe hacer pausa.

Pasear la ciudad es fijarse que en esquinas estratégicas se observan hordas que de repente brincan, por así decirlo, sobre los parabrisas de los automóviles; entre el rojo y el verde del semáforo, cuatro o cinco individuos

se apresuran a limpiar cristales. Aguardan la propina... Cuando no les dan nada, proceden a embarrar lo que habían limpiado, dejando el original en peores condiciones. ¿Quiénes son esos invasores? El taxista de turno prorrumpe, no sin cierta inquietud en su deje, que son rumanos... ¡gitanos!, añade. Pasando por el antiguo Barrio de los Austrias, se observa cantidad de gente cual en paro, en desempleo. ¿Quiénes son? Rumanos fue la respuesta. Viven amontonados en pisos descuidados. Desde que Rumania forma parte de la Comunidad Europea han llegado a España en números insólitos. En menos de un año figuran por todo el mapa de la Península. Grandes concentraciones hay en el Sur (Extremadura, Andalucía). Se teme una repetición de la delincuencia que llevó a que Italia los expulsara en masa. Por eso, quizás, menos se oye hablar hoy de inmigrantes «sudacas» en Madrid. Pero allí están, y no menos los ecuatorianos. No obstante, la nueva ola es la de los rumanos. En efecto, en los hoteles parece que las mucamas rumanas empiezan a desplazar a las latinoamericanas.

Televisión Española transmite el 10 de noviembre una voluminosa procesión que conmemora a la patrona de la ciudad. Se trata de la Virgen de la Almudena (= Al Mudayna = «nuestra ciudad, alcázar», del árabe). Virgen morena. No es la única, sea dicho, que exhibe esas cualidades en España. También está la de Guadalupe que luego habría de pasar a México, pero ésa es una historia cultural y política larga y complicada. Lo que sorprende es la cantidad de feligreses. Acuden de todas partes. El fresco de la luz otoñal destaca los colores negro, blanco y púrpura de las sotanas, capas y birretes de curas, de obispos, y de algún cardenal, cuya mitra lo distingue. No falta tampoco la autoridad civil. El alcalde transforma su discurso en una arenga política, y aprovecha para pedir tolerancia para los inmigrantes. Nadie esperaría ver tanto fervor religioso en España, pero allí está a ojos vista. La multitud de creyentes impresiona. El espectáculo del contoneo de la virgen en andas aparece yuxtapuesto con el de la devoción de los fieles. Sacude esa presencia en una nación que presumíamos más y más agnóstica.

Almudena es un nombre que figura en más de un lugar de Madrid. No por coincidencia, al taxista le pido otro día que nos lleve al cementerio de La Almudena. Pronto avisa que es el más grande del mundo. (Quizás así sea. ¡Quizás!). Está en el barrio de Las Ventas. Impresionante e inmenso es el camposanto. Para evitar pérdidas está dividido en cuarteles. Por eso el taxista no quería dejarme al garete. Fácil extraviarse en ese laberinto de tumbas y mausoleos. Famosos y desconocidos allí reposan. Las flores y los deudos

abundan por doquier. ¡Cuánta vida allí sepultada! ¡Cuánta historia! Por eso investigadores actuales estudian más y más los anales de esos recintos, igual que también se centran en la vida de claustros y conventos. Este no es el Madrid de los bulevares, teatros, almacenes y museos, del destape y la movida. Es el Madrid de una población más pausada y sobria, que rinde culto a sus difuntos.

¿Qué ocurrirá en el futuro? Madrid crece y crece y hay menos espacios para restos de mortales. El taxista habla de tanatorios. No sabe la etimología de la palabra. Se la explico, haciendo referencia a eso de eros y thanatos. Vaya, vaya, dice, yo no sabía el significado. El futuro, parece, está en los crematorios y los tanatorios.

¡Vaya futuro! Por eso mismo, quizás, le pido llevarnos al barrio más exclusivo de la capital española, «La Moraleja». Otro laberinto. Las casas de «los pelucones» españoles están sobre esas colinas. Sus palacetes yacen ocultos detrás de rejas, tapias y cipreses. Casi no hay manera de verlos. Todos disfrutan de amplias superficies que los apartan y enclaustran. Se vive hacia adentro. Siempre sorprende ese embovedarse. En ciudades como Guayaquil alguna vez incrustaron pedazos de vidrio sobre los muros para mantener fuera a los intrusos. Hoy, claro, se habla de ciudadelas cerradas, con sus propios sistemas de seguridad. «La Moraleja», no hay duda, reitera lo que se observa en tantas metrópolis. Rancia paradoja: los privilegios excluyen, encierran, encuartelan y dizque protegen a los favorecidos detrás de vallas, de cámaras y guardias. A lo mejor ese sentido del espacio sea, también, algo cultural, heredado. Recuerdo aquellos patios andaluces donde aún se vive puertas adentro. Lo cierto es que lo que se alcanza a ver por «La Moraleja» son portones y murallas. Calles desiertas, bien cuidadas. Y acaso también un antiguo Bentley descapotado que su dueño ha sacado a pasear, como para que calentara sus cilindros, mientras él lleva gorra de lord inglés, chaqueta escocesa y gafas de sol norteamericanas. Emblema acaso del poder, del consumo conspicuo, de lo que dicen que es «la buena vida». Alguna lección se oculta por allí entre el cementerio de La Almudena y ese barrio señorial.

El poder, sin embargo, no relega jerarquías. En algún momento el gobierno de USA tuvo a su cargo gran parte de los terrenos de ese contorno. Ecos de la base militar de Torrejón rondan por allí todavía. Tantos de los chalets que siguen en pie fueron ocupados por los oficiales del ejército norteamericano. Hoy pertenecen a nacionales. No están a la altura de las apenas

inferidas estancias de la pudiente y oligárquica «La Moraleja», pero están en «La Moraleja», si bien en la parte menos opulenta de ese enclave.

Todo eso contó el taxista. Finalmente nos acercó a un restaurante del Barrio de Salamanca, distinguido, dizque, por la calidad del cocido madrileño que sirven. Que aprovechéis, nos dijo. No os puedo esperar. Tengo convite en casa. Si queréis seguir recorriendo la ciudad en «coche», yo ya no puedo hacerlo. Todo ello lo dice con ese aire de gran señor y rajadiablos que sugiere que lo importante es llegar a su hogar, sin más. En el restaurante está de mesero un paisanito quiteño que se mueve y parla con acento más madrileño que el de los de Madrid. ¿Pretende esconder así acaso sus señas de identidad? Vaya uno a saber. En cuanto al idioma, lo cierto es que tan pronto uno desembarca del avión tiene que reajustar su realidad idiomática: deja uno de oír carro o auto y empieza a tener que vérselas con coche; el tuteo se impone, se habla de «zumo» en vez de jugo, de «infusión» en vez de té, de «al punto» en vez de término medio / no muy cocida, en lo que a carnes se refiere. Las palabras groseras no son aquí las de uno. El deje de origen se confunde con el de los de Madrid/Madrí/Madriz. A pesar del desajuste y el sentirse fuera de onda, uno se obstina y se defiende, pero pronto oye el acoso de otro ritmo en su decir. Quizás el mozo ecuatoriano no haya tenido otro escape que cantar con igual desaliño que los de casa. Se desenvuelve con aplomo y ha aprendido a navegar la carta al dedillo.

*

La monstruosidad del terminal aéreo de Madrid aconseja cancelar el viaje por avión a Pamplona y emprender «a todo trapo» el recorrido por coche. Guadalajara, a lo lejos. Luego La Alcarria. *Viaje a la Alcarria*. Sigüenza se anuncia en un letrero al borde de la cuneta. Asociaciones. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, «Petarca indiano», promotor de una nueva conciencia en la Nueva España. Empieza el ascenso. Se divisan colinas, cual cuerpo de mujer, diría Neruda. Proliferan los nidos de cigüeñas. Se apresura el otoño. Se impone la monotonía. La paleta no ofrece grandes contrastes. «¡A la sierra! ... ¡A la sierra! ...» clamaban los hombres de Macías en *Los de abajo*. ¡A la sierra! Mil metros sobre el nivel del mar. El aire se pronuncia más fino y transparente. Cambia la luz. No, no estamos en los Andes. El entorno, no obstante, es otro que el del ya lejano Madrid. La geografía pre-anuncia a

Soria. En el horizonte se divisa «la mole del Moncayo», pienso en Leonor y El Espino, espacio del que también hace memoria, en primavera, desde la andaluza Baeza, Antonio Machado en su carta / poema a «A José María Palacio». Pienso en la Sierra de Cazorla, en los manantiales del Guadalquivir, y pienso que no es primavera, que estamos en pleno otoño, y casi en el centro de Soria. ...

–Señora, ¿podría Ud. sugerir un buen mesón? ... –¡Gracias! ... No olvide cerrar su coche, no sea que algún transeúnte se aproveche de que Ud. está desprevenida ... –No os preocupéis, responde ... ¡Estamos en la Sierra! ¡En esta tierra no hay ladrones!

Pendones y estandartes con los nombres de Machado y de Gerardo Diego cuelgan en la plaza central y se ondulan inmensos en el aire. Asombroso reconocimiento público a dos grandes poetas. En el recomendado restaurante disfrutamos del mejor y más tierno cochinitillo asado que en el tiempo ha sido. Un deleite al paladar, el pobre. Venga un buen vino. Estamos en tierras próximas a las riberas del Duero. La ensalada, delicia de lechugas aliñadas a perfección. El trato y las cortesías impecables. Soria es memorable por la mesa y por aquel mencionado poema de abril de 1913 que signó Machado. Todo en movimiento. Destino Pamplona. Un camino largo... Allá, más allá, hacia la distancia recóndita, hacia la comunidad de Aragón, está la infinitud y la soledad del desierto de los Monegros cuyos atributos, me dicen, son únicos en toda Europa. Allá atrás, más atrás, queda en el Espino la terca y tierna memoria del amor de un extraordinario poeta.

*

Estella se anuncia, recuerdos de Shanti Andía y sus inquietudes, señal de que ya vamos cerca de la capital navarra. La aurora del crepúsculo baña de luz solar de los molinos de viento modernos que circundan las colinas de Pamplona y que se han convertido en eólico emblema, en divisa actual de la vetusta ciudad. Pamplona se sienta en el fiel de la paradoja que junta lo tradicional y lo moderno. Navarra entera se nutre de esa imagen. Hay en esas tierras una historia milenaria que no olvida ni a burgos ni a navarros, ni sus divisiones. Sigue hoy. La navarrería se bifurca entre lo vasco y lo español. La endogamia, dicen, contribuye a que se reiteren arquetipos y dolencias. La mitología de la tribu y el clan está en el aire. Algo hermético se trasunta de

los pamplonenses. Trajinan las rúas casi sin ajena curiosidad. Nada distrae su mirar. Es como si la novedad del otro no existiera, y menos el coqueteo.

No obstante, inmigrantes hay de todas partes. Albañiles ecuatorianos. Mucamas de diferentes latitudes. Algún chofer sudamericano. Mozos y mozas de bares. Enfermeras. Profesionales ya arraigados. Hablan todos de lo difícil que es compenetrarse con la cultura local. Otra vez son los taxistas los que informan y miden el pulso de la presencia forastera. «—Llévanos a conocer los sitios memorables de Pamplona». «—Aquí no hay mucho que ver, musita indiferente: esta es la Ciudadela, este es el casco antiguo, esa es la Clínica Universitaria, esta es la Universidad de Navarra, El Corte Inglés es nuevo, en Arazuri, junto a Zizur Mayor, está la fábrica de Volkswagen, y este barrio que empieza a destartarse se llama «La Milagrosa». Está repleto de inmigrantes, especialmente ecuatorianos (Se nota el descuido. Se nota que la gente vive aglomerada en pisos. Empieza a sentirse en el ambiente algo de lo negativo asociado con los *ghettos*).

¡La Milagrosa! Allí los inmigrantes buscan, valga decirlo, el milagro, el logro de algo. Allí sueñan, viven su personal quimera. Allí se pronuncia el grotesco de los encuentros y desencuentros de culturas. Allí rondan los éxitos y los sinsabores. La regla es que la mayoría de esos inmigrantes estén al margen. Hay otros, sin embargo, que ganan relativamente bien, pero no viven con holgura. La vivienda, ya alquilada o adquirida, es cara, agota la bolsa. Por cincuenta metros cuadrados exigen unos 700 euros mensuales de alquiler. Un piso de unos ochenta metros no deja de costar entre 300 y 400 mil euros, y no necesariamente en las mejores ubicaciones disponibles. En Pamplona la propiedad cuesta. Consta entre las más caras de España. La crisis de la vivienda y las hipotecas es alarmante a lo largo del territorio nacional. Los precios sacuden. Se inflan y disparan. El taxista nos habló de que la licencia para su taxi, no el valor del taxi, le costó doscientos mil euros cuando la obtuvo, y que el permiso para conducir le valió más de mil quinientos. Después he confirmado que la primera cifra es hoy más espantosa aún. Para entender bien el coste de vida, no se olvide que el dólar pierde terreno. Es un milagro la supervivencia. Por eso, quizás, buscando escape, repica una y otra vez el estribillo de la fe y la esperanza: —Me gusta, estoy bien aquí, pero ¡no hay como la tierra de uno! ... Todos ansían volver. Todos se van quedando.

Inmigrantes de Oriente y Occidente traen su empuje y conocimiento a estos suelos. No todos son bien aprovechados. La fuga de cerebros es, para los países de origen, un enorme déficit. Valga el caso de Sulel, la mucama

cubana. Apenas tiene 22 años. Acaba de llegar. Extraña su trópico. Sus amigos. Su comida. Su ritmo. Se queja de la falta de chispa e inventiva de los navarros. Su historia es compleja. Nieta de españoles, su condición legal la ayuda. Su charla simula el acento local. Una vez que rechaza el disfraz se entrega con gusto a conversar con el peculiar deje suyo. Es otra persona. Se torna desenvuelta, y resulta una cómoda amiga del «choteo». Habla de lo bueno y de lo malo de su país de origen. Ella sí vino a quedarse. Tiene planes y proyectos. Desecha el sueño americano de Miami. Lleva más de once años tocando el violonchelo. Once años que quizás Navarra y España desperdicien. ¡Quizás! Sigue practicando su instrumento. Ahorra para comprar uno de mejor calidad. Se ríe ante los nombres de alimentos que ha tenido que aprender. Son los mismos que los nuestros, dice, pero ellos le dan otro nombre. ¡«Ellos»! Comentamos que en El Corte Inglés ya hay una sección dedicada a víveres latinoamericanos. El comercio en Navarra absorbe los efectos de las zonas de contacto culturales. «Radio Tropical», con ritmos que parecen fuera de lugar, se anuncia en el cuadrante de la radio. Navarra se transcultura. Brota la macidez. Uno de estos días las alubias y judías tendrán que vérselas con los fréjoles y frijoles. Y la vinagrera / aceitera quizás opte por ceder a la alcuza: ésta, con la ayuda de los de allende el mar, anuncia y solicita la vuelta a su «país de origen». Igual les pasa a otros «arcaicos» vocablos.

Hay inmigrantes bien conectados con el engranaje del cuerpo empresarial de la zona. China desarrolla su presencia en el campo de la energía solar. Asistimos a una boda nada menos que en la sala llamada Felipe II que está en la Ciudadela. La mayor autoridad de la ciudad estaba allí presente: se hizo cargo y ejerció los detalles legales. El lugar era acogedor, íntimo, exclusivo. Occidente y Oriente se daban la mano en aras del comercio. Madariaga y Benedetti, y algún eco de Confucio, sonaron sus voces en ese ámbito claustral. En una de las recepciones que prosiguieron, una de ellas en los salones ejecutivos de alto lujo de una nueva fábrica, me enteré de lo que es un «seguidor solar». Impresionó la eficiencia. Las posibilidades que existen para la energía renovable. El ámbito tenía algo de visionario. Recordé que no había visto nada tan futurista desde que visité la fábrica de Volkswagen en Arazuri. En ese entonces recapacité en que los detalles que exige la organización de una fábrica actual solo son comparables con el levantamiento de esas catedrales medievales. Así son de impresionantes, casi hasta el espanto, los centros en que uno pisa la moderna coyuntura. ¿Por qué venir a Pamplona a construir paneles solares? ¿No sería preferible estar más cerca de un puerto

para reducir el coste de transportes? Pronto me entero de que en Pamplona y Navarra –a pesar de que no cuentan, dígase, con los beneficios de luz solar de la Florida– el 80% de la electricidad procede de fuentes de energía renovable. Inmensa infraestructura. Sorprende, por otro lado, que en Florida ocurra lo opuesto, y el carbón sea la fuente principal. Parece que el turismo, vestigio acaso de Ponce de León, no está dispuesto a aceptar modernos molinos de viento en su horizonte. El riesgo, se cree, es que esa presencia en una tarjeta postal que ahuyentaría a los fieles de las palmeras, a los peregrinos que buscan la arena, el mar, el sol ... ¿la juventud?

Pamplona es una curiosa sorpresa. Por un lado, la tradición, los Sanfermines, los chupinazos, las jotas y cierto tribal encerramiento; por el otro, la presencia y pujanza de lo moderno. Y no solo en cuestiones de energía renovable y de automóviles. También está allí la Clínica Universitaria. Independientemente de gustarle o no gustarle a uno que la administre el Opus, esa clínica cuenta entre lo mejor de lo mejor en España, y no cede su espacio a otras parecidas de Europa. La investigación, el trato a los pacientes, la eficiencia y la preocupación por el detalle no le piden favor a centros médicos más afamados de allá o acullá. Pamplona se presta a la caminata. En el meollo de su ser bullen conflictos y nacionalismos. Por encima de ello se nota, sin embargo, la buena mesa y el buen vino que brinda. Baste con mencionar el ambiente de «Don Pablo» y su ensalada verde, su pichón de Araiz, o su cordero confitado; no hablar de las degustaciones que ofrece El Corte Inglés. Este superalmacén, que remonta sus orígenes, dicen, a la idea que tuvo un cubano, ya es parte de la iconografía de España. Al igual que el Ave, el tren de alta velocidad que corre entre varias ciudades españolas, El Corte Inglés es parte de las señas de identidad de la modernidad de las ciudades que pesan en España. Pronto habrá también Ave entre Madrid y Pamplona. A ésta se le viene irremediabilmente encima la globalización. La sensación que produce a veces es la de una urbe cuya gente parece yacer estancada en el pasado, incapaz de hacer aún una total transición a la modernidad. Uno se siente vivir en el fiel de lo antiguo y lo postrimero. Quizás allí radique su entrañable encanto.

*

Vuelta a Madrid. El fin de un viaje contiene siempre algo de objetivo y de final. Van quedando los sabores, los olores, y las voces de conocidos y desconocidos que uno encontró. Se divisa el retorno a casa y un nuevo recomenzar. En una cervecería restaurante de las afueras de la capital española hacemos pausa para almorzar. Ecuatorianos se insinúan otra vez. Abundan los coterráneos. Alguno de clase media alta está allí en la lucha. Gustoso atiende a su paisano. Entusiasta y en control de la carta, sugiere que aproveche la calidad del pan, que pruebe un *boletus con foie*, una ensalada especial, un arroz con bogavante, y el rioja de la casa. Magnífico consejo. Duro es el vivir para este joven fino y resuelto que procede de un privilegiado estilo de vida que se vino abajo debido a cosas suyas, tácitas, y a causas relacionadas, acaso, con las tantas circunstancias de su patria en crisis. Está de pie de siete a siete. Necesita del mejor calzado. Su mujer también labora. Ella asistiendo por horas a alguna discapacitada. Historias hay sobre los usos, abusos y usurpaciones de este último tipo de relaciones. No en este caso. Entre los dos aportan unas 130 horas semanales de trabajo, y con ello apenas pueden vérselas. Siembran y esperan cosechar. Se preparan. Saben que saldrán adelante. Tienen cultura. Tienen roce. Nada de complejos. Los distinguen y tratan bien. Todo es cuestión de tiempo. Admirable su tesón y pujanza. Ellos también son parte del coro: ¡No hay como la tierra de uno! Aquí soy uno más. Allá ... bueno ... allá ... ¿Ud. sabe?

Entre ese allá y las empresas cotidianas de Madrid transcurre la vida de tantos. En cualquier recorrido turístico por la ciudad, el esplendor del Palacio Real y el poder que emana del Palacio de la Moncloa parecen insensibles, indiferentes a los trajines de esos tantos. Pero allí están estos, y sí que agitan y sí que modifican el entorno y sí que afectan las decisiones del orden social y político. Todo lo que hay que hacer es darse una vuelta por la Puerta del Sol para constatar el revoltijo que constituye a la más reciente realidad española. El cosmopolitismo de etnias y de idiomas que allí circunda apenas se lo divisa desde Pamplona. Más y más inmigrantes vienen en busca de mejores horizontes y cruzan de un lado para el otro la metafórica Puerta del Sol. No parece haber solución de continuidad. Las tasas de natalidad sugieren que el componente futuro de la nación española, conforme existe, cambiará radicalmente. Los latinoamericanos, y los de otras latitudes, abrirán surcos, fraguarán un remozado mestizaje hispánico, con nuevos matices. Llegarán gen-

tes de otras partes. Se propagarán. Habrá retornos, habrá choques y habrá frutos. Unos dirán que no quieren volver. Otros, rezumando nostalgia rabia y melancolía, seguirán con su invocación ontológica de que ¡no hay como la tierra de uno! Todos, o muchos, se irán quedando y con ellos nuevas devociones y cultos.

Hasta la Virgen de la Almudena siente ya el acoso de las migraciones. En un predio elegante, pleno de serenidad, se anuncia la réplica de un santuario: es el de la Virgen de Schoenstatt, movimiento apostólico que surgió hará casi un siglo en Alemania, movimiento que se instala y hace labor proselitista en España. Otro día la pantalla capta imágenes de una romería en Madrid que celebra a la Virgen del Quinche, acompañada de galas, estandartes y banderas ecuatorianos. La transculturación es evidente. Las migraciones impactan y revolucionan. Hasta por Hermosilla, Lagasca, Velázquez, Goya, Serrano y tantas otras calles del exclusivo Barrio de Salamanca uno cree escuchar aquel paradigmático decir: «¡No hay tierra como la de uno!» Marco de pensares y deseos es todo lo que es ese decir. Cada día la unanimidad del universo borra más ese canto atávico, pronunciado desde tiempos inmemoriales. Algo de vestigio, de inventiva y de verdad hay, sin embargo, en ese ¡no hay tierra como la de uno!... Y no importa doquiera que uno esté. Ese es el milagro y la moraleja que yace en el fondo de las confrontaciones y estremecimientos que se dan hoy en la política y que quizás apuntará la historia. Dicen que las utopías han tocado su fin. Eso dicen. Quizás, a lo mejor, ese fin esté vivo cual siempre en las quimeras de aquellos que aún no alcanzan ni El Prado ni el Thyssen-Bornemisza, ni leen artículos en *Babelia* sobre Cartagena de Indias, sobre un cuento inédito de Cortázar, o un poema hológrafo, recuperado, de García Lorca. Ni se les ocurre visitar librerías ni escudriñar estantes para comprobar cuán invisibles están, en este caso, los clásicos o las promociones actuales de escritores de su Ecuador de origen.

*

Más allá, para llegar al Terminal 4 del monstruo en que se ha convertido el aeropuerto de Madrid-Barajas, esperan taxis, autobuses, túneles, puertas, ascensores, colas inmensas y registros y más registros antes de abordar el avión del regreso. Esa es la otra realidad que ni en los museos ni en los apuntes aquí signados acabamos de entender. Las migraciones, acusa algún sub-

texto ideológico, están ligadas a esos registros que sirven para justificar y ejercer todo tipo de batidas: ¿oportunas réplicas o cínicas manipulaciones del poder debido a querellas e intereses económicos, culturales y religiosos? Cunde la zozobra. Cunden las nuevas cruzadas. La tolerancia va en retirada. «Vencen los bárbaros». Vencen los sectarios. La inocencia que permitía jugar líricas batallas de «cometas en el cielo» se da solo en filmes y entre infantes. Otro es el juego... Descalzo, agachado, y a punto de amarrarme los zapatos, oigo que alguien saluda:

—¿Cómo les va?... Miro... Una mujer, con una sonrisa oblicua, lateral, y con «voz lenta y triste», responde: —Vamos, vamos... mientras volvamos... estamos... ❖

Fecha de recepción: 14 enero 2008

Fecha de aceptación: 29 abril 2008